

Recibido: 23.09.2018 | Aceptado: 03.12.2018

Palabras clave: El color, lo espiritual y el arte.



Lo espiritual del color en el arte

PAULINA MONJARAZ FUENTES

paulina.monjaraz@uaslp.mx

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES, UASLP

Al iluminar la oscuridad se origina el color
Goethe

La cuestión que se plantea es una reflexión filosófica sobre si puede hablarse del color como un elemento espiritual en el arte, pues éste no sólo influye en la dimensión psicológica del ser humano, sino también en la espiritual. Aquí nos referimos al término espiritual no en sentido religioso, sino a los actos propiamente libres del ser humano, donde la inteligencia y la voluntad humana tienen un papel central. Por esto podemos decir que, aunque lo espiritual desde la perspectiva de la antropología filosófica está estrechamente vinculado al ejercicio de estas facultades, el espíritu humano puede ir más allá de lo puramente racional y dar un salto a lo que no está calculado ni predeterminado, es decir, dar un paso más allá hacia la libertad creadora.

En una primera aproximación, los colores que encontramos en las cosas pueden parecernos algo simple y que no hay mucho que decir sobre ellos; sin embargo, en una primera aproximación nos podemos dar cuenta de que aunque el color sea algo tan concreto, no

puede definirse con palabras, es decir, no puede conceptualizarse y, por tanto, definir en ideas abstractas. Cuando nos queremos referir a un color lo más que podemos hacer es designarlo, por ejemplo, decir este es el rojo o el azul. Más aún, cuando hablamos de los colores y decimos la palabra, rojo, azul, morado, etcétera, en realidad estamos recordando algo rojo, azul o morado, y estos recuerdos son de algo concreto y nunca nos referimos a una idea abstracta. Por esto, los colores se han clasificado en función de la naturaleza o estructura de los objetos a los que acompaña: blanca puede ser la nieve, como también una flor o las nubes.

De esta manera, queda claro que cuando señalamos un determinado objeto de color, no mostramos el concepto de color, más bien sólo decimos que es blanco en referencia al color blanco concreto en ciertas cosas. Por tanto, para identificar, definir o determinar un color habrá que mostrarlo, indicarlo o señalarlo. De hecho, cuando nos enseñan a nombrar los colores, no es que no los conozcamos o distingamos, simplemente nos instruyen para relacionar la palabra blanco a un objeto, es decir, a distinguirlos nominalmente. Por tanto, es importante considerar la indeterminación conceptual de la palabra color, ya que no tenemos un modelo conceptual unívoco de tal color, pues existen muchos otros, semejantes y diferentes al mismo tiempo. Por ejemplo, no nos referimos a lo mismo cuando decimos color limón en México, que cuando una persona que vive en Europa se refiere a éste, pues en México son de un verde intenso y en Europa son de un verde tan tenue que para nosotros serían más bien amarillos.

Clarificado lo anterior, podemos decir que el color se presenta a nuestro conocimiento como algo simple, pero a la vez complejo para nuestra racionalidad, ya que no podemos conceptualizarlo ni definirlo. Por esto, los colores no se limitan a esa realidad concreta, sino que son el resultado de una peculiar percepción del sujeto. Justamente por la imposibilidad de su racionalización puede entenderse por qué el artista utiliza el color para transmitir algo que está más allá de lo puramente racional y de su realidad física. De manera que el color, gracias a esa ausencia de un concepto racional para definirlo, permite expresar algo más allá de lo puramente racional y empírico, siendo así un elemento privilegiado para expresar la libertad creadora del artista y suscitar también esa libertad en el espectador. Así, el color se presenta en la libertad creadora como algo especialmente idóneo para hablar de lo material y de lo espiritual en el arte, ya que el artista lo usa para transmitir lo espiritual.

El color y la interioridad humana

En el contexto de la libertad creadora del artista, hablamos del espíritu como aquello que posee en su mundo interior; éste se refiere al modo como el artista ha hecho propio aquello que percibe desde el exterior, pero que resuena en su interior de manera única y así lo expresa en su obra de arte. Su libertad no radica tanto en lo irracional o lo voluntarioso, sino que en ese mundo interior las “reglas del juego” las pone justamente el modo como él se apropia de ese mundo externo, así crea un mundo propio, que puede referir a otros. Es justamente la ausencia de concepto en el color lo que hace especialmente un medio donde lo

material y lo espiritual pueden ser la vía para transmitir ese mundo interior del artista. Así, el color libre de conceptos racionales puede llevar a que ese mundo interior (propio) del artista pueda llegar a otros sin atravesar la racionalidad intrínseca en las palabras, o en otras formas de comunicación estrechamente relacionadas con significados concretos.

Desde una fenomenología de lo humano, será necesario no reducir la espiritualidad a la abstracción y realización de conceptos, y así poder comprender el color como un elemento espiritual en el arte. Esto es posible, antes que nada, porque el artista puede transmitir —a través de él— sentimientos propios que a la vez pueden ser comunes a otros. Pero la pregunta filosófica inmediata es: ¿cómo es posible que el color transmita una realidad que va más allá de lo empírico? En una primera aproximación, parecería que el color es una realidad tan ligada a la materia que difícilmente podrá llevar a una realidad espiritual. Es tan material que si nos preguntan si podemos definir su intensidad o tonalidad, lo que hacemos es señalar que algo es rojo. El científico podría determinar —por la longitud de onda— la tonalidad exacta del color, pero no es una definición sino una simple medición de lo que podemos llegar a denominar físicamente como rojo. Por su parte, el artista, sin conocer su definición, es capaz de transmitir ideas y sentimientos propios del espíritu humano, los cuales van más allá de una definición conceptual o de su voluntad.

Según Wassily Kandinsky (1991), la música suele considerarse el arte más espiritual o el que eleva en mayor grado el espíritu humano, lo cual sucede no

porque el sonido sea más inmaterial que el pigmento y el lienzo, sino porque “la música es, desde hace ya siglos, el arte que utiliza sus medios no para representar fenómenos de la naturaleza, sino para expresar la vida interior del artista y crear una vida propia de tonos musicales” (p. 49). El pintor ruso, precursor del arte abstracto, da la clave para explicar la dimensión espiritual del color en el arte, pues el autor tiene la intención de manifestar su mundo interior, y para lograrlo debe saber expresar (saber hacer) con los materiales eso que existe en su interioridad y que, al expresarlo, tendrá una resonancia en la interioridad del espectador.

Ciertamente el color es una realidad perceptiva que ha sido estudiada como un elemento perceptivo que influye directamente en el actuar humano. Sin embargo, como lo referimos anteriormente, es importante dar un paso más allá del condicionamiento psíquico que puede establecerse con los colores. Este paso más allá lo realiza el artista al lograr una expresión adecuada al espíritu humano para realizar una obra de arte que sea eminentemente libre. Como afirma Kandinsky “la armonía de los colores debe basarse únicamente en el principio del contacto adecuado con el alma humana” (1991, p. 59).

En esa distinción podría comprenderse la diferencia entre cómo el mercadólogo utiliza el color y cómo lo hace un artista. El primero, se avoca a la dimensión psíquica, llenándolo de significados precisos; y el segundo a lo espiritual o interior, despojándolo de significados precisos. De hecho, su utilización por parte del mercadólogo apunta al modo en cómo puede llegar a condicionar la conducta humana (Shaoqiang, 2016) y por el con-

trario, el arte apunta a la liberación del color de posibles significados, apelando a la interiorización (apropiación subjetiva) del color y así expresarse libremente y evocar en el espectador su libre apropiación del color.

Al reflexionar sobre el quehacer del artista, éste no hace un análisis de las tonalidades ni se guía por la armonía del color desde el punto de vista físico, aunque en cierta manera debe considerarlo. En realidad, si la intención del arte es expresar el espíritu humano, lo que rige la disposición de los colores es la interioridad del artista, que pretende transmitir su interiorización del mundo que lo rodea y expresarlo a través de los materiales del arte que le es propio. En el caso de las artes plásticas, el color es uno de esos elementos, que al ser esencialmente material, obliga a referirse a las cosas mismas, pero a la vez —al carecer de contenido conceptual preciso— se presenta como un elemento especialmente adecuado para transmitir algo que va más allá de los conceptos y de la realidad física.

El color y la libertad creadora

Desde una aproximación fenomenológica a la realidad del color, es decir, puestos en la conciencia y volviendo a las cosas mismas, pueden cuestionarse las consideraciones del conductismo como el de Burrmus Frederic Skinner, en las cuales se afirma que el color por sí mismo puede transmitir una emoción determinada o puede estar ligado a un determinado concepto, y de este modo condicionar la conducta humana. Por las características de este artículo no podemos detenernos en explicar con detenimiento la crítica que hace Gamuna Husserl al

psicologismo (2015, p. 129-130). Sin embargo, como afirma Edith Stein en su texto sobre la causalidad psíquica, la psique humana no está condicionada por leyes rígida como sucede en la realidad física (2009, p. 238-239).

Por ejemplo, así como el amarillo se relaciona con la envidia, también puede relacionarse con la divinidad, como lo hace la cultura china. Tales contraposiciones significativas no sólo se explican acudiendo a la influencia de la cultura. Más bien, la generalización de una serie de reacciones ante estímulos, sin considerar la dimensión espiritual (libre) del hombre, lleva irremediamente a concebir un ser humano totalmente condicionado por la relación estímulo-respuesta y, por tanto, dejar de lado toda posibilidad de libertad creadora. En cambio, al reconocer una dimensión espiritual en el ser humano, en el cual puede interiorizar la realidad que le rodea y darle una significación distinta, es donde se abre la posibilidad a la libertad creadora. Si esto no fuera posible, el arte no podría explicarse y, mas aún, no podría distinguirse de la publicidad.

De esta manera podemos afirmar que el arte permite ver más allá, descubrir aquello que está oculto o que no es fácil de percibir, como lo señaló Adolf Reinach, filósofo alemán de la escuela de fenomenología de Munich:

El arte enseña al hombre normal a captar lo que antes se le había pasado por alto. Pues no sólo ocurre que mediante el arte se despiertan en nosotros vivencias que no tendríamos de otro modo, sino que también nos hacen ver, de entre la sobreabundancia del vivir, lo que ya

antes estaba ahí sin que nosotros lo supiéramos (1986, p. 23).

Por esto, el modo en que el artista presenta el color muestra que es capaz de dar a conocer o de enseñar al hombre el desvelamiento de lo oculto, de aquello que brilla pero que pocos ven. Esto es posible gracias a la dimensión interior del ser humano, donde lo externo tiene resonancia en el interior del artista y del espectador, por lo que puede darse esa comunicación de aquello que va más allá de lo empírico y de lo racional. Esa alegría, esa tristeza, esa emoción, ese quedarse sin palabras o en una simple contemplación, es ese mundo interior que se da en la comunicación de los espíritus. El artista, al interiorizar el color, le da una significación que puede ir más allá de la misma materialidad y racionalidad, más aún, puede significar realidades que no pueden expresarse ni siquiera con palabras, de ahí que el arte puede expresar lo inefable, aquello que ni la ciencia, ni la tecnología ni el uso correcto del lenguaje pueden expresar.

De esta forma, podría decirse que la misión del artista es iluminar el mundo que nos rodea, para adecuarlo a las aspiraciones del hombre que van más allá de la mera racionalidad técnica. Iluminar incluso las oscuridades de aquella cultura que no quiere ver o no quiere aceptar "lo feo", "lo sucio", "lo denigrante", "lo olvidado", "lo miserable". Esta posibilidad de transmitir lo espiritual (es importante recalcar que el término espiritual no tiene ninguna connotación moral, es decir, espiritual no significa algo bueno o malo.) a través de lo material, reflejada en la realidad del color, es una experiencia que nos ayuda a comprender al ser

humano como un espíritu encarnado, que no puede vivir sólo de objetividades, de objetos de consumo ni de cálculos, ya sean eléctricos, químicos o financieros. Por el contrario, el arte recupera al hombre como un espíritu encarnado y permite liberarlo de este mundo lleno de cálculos matemáticos, de cosas de consumo, de metas que alcanzar, de éxitos que lograr, los cuales pretenden "controlar" nuestra existencia.

El color, por tanto, es una realidad que por su materialidad innegable y por ser un sensible propio del sentido de la vista, nos hace ver que lo espiritual en el arte —y por tanto en la vida humana—, no implica una desmaterialización del espíritu humano, sino más bien una espiritualización de lo material, o si se prefiere decir así, una humanización de lo material. Este camino que el color ejemplifica, considero que es la vía adecuada para un discurso filosófico sobre la belleza concreta, el cual no implica una negación o dejar de lado su búsqueda, sino más bien es una vía de acercamiento a lo bello como una realidad que ilumine las oscuridades del hombre contemporáneo, y sea así un camino para que el hombre contemporáneo se reconcilie consigo mismo, con los otros y con el mundo que le rodea. El arte libera el espíritu, y sin el arte el espíritu humano se desencarna.

Kandinsky nos marca un camino concreto y factible para que todo ser humano pueda tocar su espíritu encarnado y pueda reconocer en el otro ese otro espíritu encarnado, y esta vía es la libertad creadora, que bien puede ser un programa que no sólo asuman los artistas sino cualquier hombre contemporáneo que quiera proponer algo



PAULINA MONJARAZ FUENTES

Es doctora en filosofía por la Pontificia Università Laternense y posdoctora en Fenomenología y Psicoanálisis por la Pontificia Università della Santa Croce. Coordina la Licenciatura en Filosofía de la Coordinación en Ciencias Sociales y Humanidades de la UASLP, además trabaja en el proyecto "La relación epistemológica entre la Fenomenología de Husserl y la metapsicología de Freud".



que rescate a esta sociedad contemporánea deshumaniza:

El artista debe ser ciego a las formas reconocidas o no reconocidas, sordo a las enseñanzas y los deseos de su tiempo. Sus ojos abiertos deben mirar hacia su vida interior y su oído prestar siempre atención a la necesidad interior. Entonces sabrá utilizar con la misma facilidad los medios permitidos y los prohibidos (1991, p.75). **UP**

Referencias bibliográficas:

- Goethe, J. W. (2008). *Theory of Colours*. Santa Cruz. CA: BLTC Press. (Kindel edition).
- Kandinsky, W. (1991). *De lo espiritual en el arte*. Barcelona: Editorial Labor.
- Monjaraz F., Paulina. (2015). Imposibilidad de las ciencias positivas para conocer las esencias, desde la crítica de Husserl al psicologismo. *Metafísica y Persona*, 7(13), pp. 127-137.
- Reinach, A. (1986). Introducción a la fenomenología. Madrid: Encuentra Ediciones.
- Shaoqiang, W. (2016). *Color, Branding & Identity. (Graphic Design Element)*. China: Sandu Publishing Co.
- Skinner, B. F. (1994). *Sobre el conductismo*. Argentina: Editorial Planeta.
- Stein, E. (2005). Contribuciones a la fundamentación filosófica de la psicología y de las ciencias del espíritu, en *Obras Completas, Vol. II. Escritos Filosóficos*. Burgos, Ed. Monte Carmelo, pp.207-520.